



Un arma cargada de futuro

A propósito de la antología *Educación, resistencia y esperanza*, de Miguel Soler

Limber Santos | Maestro. Lic. en Ciencias de la Educación. Director del Departamento de Educación para el Medio Rural, CEIP. Docente e investigador de Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UdelaR.

Toda antología es necesariamente incompleta en la medida en que se presenta como la cartografía de un pensamiento.

El mapa desplegado en las quinientas páginas de esta antología seleccionada y presentada por Marcia Rivera y Marta Demarchi es vasto y diverso, porque vasta y diversa ha sido y sigue siendo la producción intelectual de Miguel Soler. Pocos educadores en nuestro país han producido tanto y en momentos históricos, circunstancias políticas, ámbitos institucionales y lugares geográficos tan diferentes. Por ello, Miguel nos la ha puesto difícil tanto a las recopiladoras como a quienes tenemos el honor, en este momento, de comentar sus textos. Sin embargo, hacerlo con él, leerlo, integrarlo a nuestros pensamientos y acciones, tenerlo como referencia permanente, también discutirlo, confrontarlo, es una oportunidad que tenemos que agradecer a la vida.

Así como los “Fundamentos, concepto y fines de la escuela rural”, que encabezaban el Programa de 1949, constituyeron una clara síntesis del intenso debate sobre la escuela rural, que había comenzado en el verano de 1933; la carta de renuncia de Miguel Soler al Núcleo Escolar Experimental de “La Mina” puede considerarse un mojón imprescindible para comprender todo su pensamiento.

Allí están representadas sus convicciones, tanto las anteriores como las posteriores a ese quiebre de marzo de 1961. En el más difícil momento se sintetiza lo mejor de su pensamiento. Ante la más dura adversidad política de esos días, Soler expuso los argumentos pedagógicos que representaban el sentir de muchos maestros rurales uruguayos tocados por aquel movimiento y por tantos educadores latinoamericanos identificados, desde hacía casi una década, con las convicciones construidas y difundidas desde Pátzcuaro en Michoacán.

Aquella carta de renuncia a “La Mina” no reflejó solamente el cierre del Núcleo Experimental. En realidad representaba el cierre de un movimiento que se había manifestado en pensamiento y en acción a través de emblemáticas experiencias –las Escuelas Granja a partir de la propuesta de Agustín Ferreiro en 1944; las Misiones Socio Pedagógicas a partir de la primera protagonizada por los estudiantes magisteriales junto a Julio Castro en Caraguatá, en 1945; el Instituto Normal Rural; el propio Núcleo Escolar Experimental de “La Mina” a partir de 1954– articuladas en torno a la Sección Educación Rural de mayo de 1958. La fragilidad de la educación ante los hechos políticos se hacía evidente, en esos momentos, de un modo brutal y contundente.

En los fundamentos del Programa de 1949 se consolidó y perfeccionó aquella convicción, surgida del Congreso de 1933 en palabras de María Espínola Espínola acerca de los límites de la educación. En aquel momento, esa idea estaba expuesta en la expresión «*la escuela sola no puede*», mientras que dieciséis años después, en el Congreso de Piriápolis, lo fue a través de «*creer que una reforma educativa va a cambiar la sociedad es antinatural y antihistórico*». En ese marco discursivo, a la definición durkheimiana de educación, los redactores del programa le agregaron un elemento autóctono: es un “hecho social” condicionado por hechos políticos y económicos; condicionamiento que exige dar cuenta de ese hecho en los marcos sociohistóricos y políticos en los que se desarrolla: unos eran los de 1954; y otros, muy diferentes, los de comienzos de la década del sesenta.

Me parece encontrar en “La Mina” un movimiento similar. A la concepción de Educación Fundamental del CREFAL¹ se le suma la construcción autóctona de los maestros: el espíritu de ideas y acción de la pedagogía rural uruguaya. Una pedagogía materializada en las acciones citadas, fundamentada sobre todo en el pensamiento de Julio Castro de 1944, y reflejada luego en los referidos fundamentos del programa. Una acción con las comunidades, alejada de la unidireccionalidad y basada en el conocimiento profundo del medio y del habitante rural. Inquietud que Castro ya había señalado al dar cuenta del absoluto desconocimiento que desde los ámbitos urbanos se tenía de los rancharíos, los distintos medios rurales, y de los juegos y mundos simbólicos del niño rural.

Estaba marcada aquí la tensión surgida de la especificidad del medio y la escuela rural en relación a la necesidad de generar una propuesta estructuralmente diferente allí. «*Es una escuela no solamente de puertas abiertas al vecindario sino que llama a la puerta de la vivienda campesina para conocer la sociedad rural en su intimidad*» (Soler, 2014:201). Una propuesta que parta de la realidad del medio para hacer que ese niño, luego hombre, se pueda desarrollar bien en ese medio o en cualquier otro donde la vida le lleve; extremo que, como se va a hacer evidente, no dependerá solamente de la escuela. Educar bien en función de un aquí y ahora, desarrollar las potencialidades del educando en un medio concreto, desarrollar

una pedagogía del medio, no condenando al educando a su entorno (cf. Soler, 2014:174).

Se evidencia allí la categoría de *medio*, propia de la pedagogía rural; un medio enseñante y, por lo tanto, bien diferente a la categoría de *contexto* de épocas más recientes. Una vez más, Julio Castro aparece en escena cuando en 1944, en *La escuela rural en el Uruguay*, llama a conocer el medio desde adentro y no desde el atril urbanocéntrico que había sido la escuela misma hasta entonces. Para Soler, *estar atento a las características del medio* constituye una razón pedagógica de actuación.

Es frecuente leer en tarjetas, marcadores y presentes de fin de año que ser educador es «*un compromiso simultáneo con la realidad cargada de problemas y el ideal poblado de esperanzas*» (Soler, 2014:425). Eso está muy bien, pero haría falta ubicar alguna vez esa expresión en el contexto discursivo en el que se inscribe, que es precisamente aquella carta de renuncia. Y ese contexto marca en realidad la contradicción brutal entre el presente y el futuro. Una contradicción que solo es tal en función del deber ser pedagógico. Las respuestas a las preguntas clásicas de la pedagogía: qué hombre, qué sociedad, qué futuro y qué escuela queremos. Preguntas que hoy parecen haber pasado de moda, en la medida en que las discusiones sobre educación están bastante exentas de pedagogía. No hay contradicción si no es en relación a un futuro posible, concebible en la perspectiva de vida de educadores y educandos.

Miguel Soler hace referencia a la necesidad de una pedagogía cercana y con los pies en la tierra. Esta característica es propia de todo el movimiento en favor de la educación rural, en el que la pretensión de acercar teoría y práctica siempre estuvo presente. “La Mina” quizá haya sido el mejor ejemplo en cuanto materialización práctica y concreta sobre el territorio de los planteos laudados en el Programa de 1949. Las generalizaciones en educación, las apelaciones a un hombre inexistente, hacen de la pedagogía una entidad presuntuosa e inútil, una pedagogía como mera especulación académica. Y cita con esto a Carlos Vaz Ferreira, de cuño académico, pero a su vez fuertemente teñido del pragmatismo de James; se necesitan los fundamentos reales del idealismo; la educación no puede estar de espaldas a la vida. Y las respuestas a las preguntas de la pedagogía adquieren concreción, aproximando las miserias del hombre presente a su grandeza de futuro.

¹ Centro Regional de Educación Fundamental para América Latina.



Pero ese condicionamiento político no quita que el acto educativo mismo deje de ser considerado un hecho político. Un hecho político que, tal como lo expresaba Soler en la carta de renuncia a “La Mina”, se evidenciaba en la capacidad profesional y en el grado de compromiso de sus educadores. En sus acciones y efectos se hacía notar la toma de postura política de los integrantes de la experiencia. También en las consecuencias que determinaron las decisiones de la parte mayoritaria del Consejo.

Nos dice el Mtro. Soler que en ese momento: «*Los maestros del campo reclamamos un puesto de trabajo*». Las escuelas se constituyeron en centros de vida y esperanza. «*...cabe a la escuela rural y a sus maestros la responsabilidad de promover en niños, jóvenes y adultos el legítimo deseo de una vida de plenitud*» (Soler, 2014:427). En ese marco, *la política no puede estar desligada de la vida* y del progreso del hombre, apelando al trabajo técnico constructivo y no a la «*agitación demagógica*». También que los asuntos de la educación, además de ser responsabilidad de sus autoridades, lo son de todos los órganos de gobierno y de todos los ciudadanos, siguiendo el lugar de la educación concebido en el Programa de 1949.

Sin embargo, el discurso de Miguel apuesta a la educación, de todos modos. La plantea como acción recuperadora: «*una marcha atrás para alentar a los rezagados*» (Soler, 2014:425), en una expresión discursiva tan interesante como provocadora.

«La educación fundamental, la educación de la comunidad, la educación de adultos, la educación rural, traducen un propósito común de

servir al hombre en los términos más realistas, haciendo de la toma de conciencia de sus problemas actuales el comienzo de una lenta pero persistente obra de desarrollo.» (Soler, 2014:425-426)

La educación aparece como herramienta indispensable para borrar la miseria y llevar a sociedades felices en América Latina. Es cuestión de tiempo, más que de principios: «*Un hombre desesperado no es un hombre libre, aunque las leyes hablen de él como si lo fuera*» (Soler, 2014:426).

Y la referencia al título de la antología es permanente; sobre todo en torno a la esperanza.

«Con ello se cierra un episodio más en la lucha del magisterio rural. No hemos alcanzado aún el triunfo, ni aceptamos sentirnos derrotados, porque cada día somos más y sabemos mejor lo que queremos. La jornada ha sido intensa, pero llena de goces, que son nuestros para siempre. Y la fe en nuevas jornadas, luminosas y fecundas, no nos abandonará jamás.» (Soler, 2014:429)

En horas del primer gran quiebre histórico de la educación rural en el país, como estructura y como acción, Soler no renuncia a seguir creyendo en el potencial de la educación. El círculo vicioso puede ser vencido por la educación y ese es el impulso que nos lleva a todos adelante. A pesar del reconocimiento de los límites de la educación de 1949, a pesar de las horas vividas en ese momento, el texto de la carta es un arma cargada de futuro, parafraseando el poema de Gabriel Celaya.

«Cantemos como quien respira. Hablemos de lo que cada día nos ocupa... Nada de lo humano debe quedar fuera de nuestra obra. En el poema debe haber barro, con perdón de los poetas poetísimos... La Poesía no es un fin en sí. La Poesía es un instrumento, entre otros, para transformar el mundo.» (Celaya apud Blanco, Rodríguez y Zavala, 2000:496)

«Porque vivimos a golpes, porque apenas si nos dejan decir que somos quien somos, nuestros cantares no pueden ser sin pecado un adorno. Estamos tocando el fondo. Maldigo la poesía concebida como un lujo cultural por los neutrales que, lavándose las manos, se desentienden y evaden. Maldigo la poesía de quien no toma partido hasta mancharse. Hago más las faltas. Siento en mí a cuantos sufren y canto respirando. Canto, y canto, y cantando más allá de mis penas personales, me ensancho.» (Gabriel Celaya, 1955)

Creo encontrar desde la más pura manifestación artística de Celaya, una plena identificación con el texto epistolar de Miguel Soler de aquel 20 de marzo. Y así como la poesía –que el pretendido neutral y apolítico ve solo como un buen adorno que engalana sus estampas personales– se convierte en herramienta sangrante para quien la usa tomando partido hasta mancharse; la pedagogía puede convertirse en una serie de frases bonitas que se repiten y se regalan, o puede ser la respuesta a sus mismas preguntas esenciales, cuando se manifiesta en carne viva, en cada hora.

Miguel sabría tiempo después, cuando volvió al pequeño paraje de Tacuarembó donde trabajó

por primera vez en 1942 y 1943, que hay dolor en el largo plazo. Que los fenómenos estructuralmente injustos deparan tiempos oscuros, tarde o temprano. Pero nada habrá sido en vano. En tiempos en que en el mundo de la educación campea la ilusión de pretender medirlo todo, hay algo del acto de enseñar signado por la incertidumbre, tanto por el futuro incierto que intenta construir cada vez como por lo desconcertante del acto mismo. Porque en aquellos días comunes, sucesivos y cotidianos de Tacuarembó primero, y de La Mina después, se vivió una vida que la escuela señalaba como digna de ser vivida. Desde la escuela se construyó la emoción intensa, exultante y audaz, tremendamente audaz, de querer vivir mejor.

Quienes hemos vivido esas emociones desde el escenario de la escuela rural, entendemos algo que es difícil de expresar con la palabra. Esa palabra que no existe y que necesitamos para describir el acto político de vivir y comprender un entorno y un presente, generalmente duro y complejo; y ayudar a imaginar y concebir un mundo ancho y extenso, así como un futuro incierto pero mejor, necesariamente.

La antología toda es la búsqueda de esa palabra y la búsqueda misma constituye la esperanza; esa arma cargada de futuro. Hoy no estamos tocando el fondo y los educadores sentimos que tenemos esa voz que alguna vez perdimos. Pero también son tiempos que nos obligan a estar pendientes. Estas páginas y la realidad cotidiana del mundo de hoy, nos ofrecen indicios de la amenaza de retrocesos y laceraciones a nuestra humanidad. Esto nos obliga, hoy más que nunca, a tomar partido y ser parte. Hasta mancharnos. 

Referencias bibliográficas

BLANCO AGUINAGA, Carlos; RODRÍGUEZ PUÉRTOLAS, Julio; ZAVALA, Iris M. (2000): *Historia social de la literatura española*, Vol. II. Madrid: Ed. Akal.

CELAYA, Gabriel (1955): “La poesía es un arma cargada de futuro” en *Cantos iberos*. Alicante: Ed. Revista Verbo. En línea: http://www.gabrielcelaya.com/documentos_algunospoemas.php#opci3

SOLER ROCA, Miguel (2014): *Educación, resistencia y esperanza. Antología esencial*. Selección y presentación: Marcia Rivera y Marta Demarchi. Buenos Aires: CLACSO. En línea: <http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/se/20140718012935/SolerRoca.pdf>